Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 24 Article 28

1986

The Lighthouse Invites the Storm; Cometa malherido

Edgar O'Hara

Citas recomendadas

O'Hara, Edgar (Otoño-Primavera 1986) "The Lighthouse Invites the Storm; Cometa malherido," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 24, Article 28.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss24/28

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

EDGAR O'HARA

The lighthouse invites the storm

Las pisadas que se atascan no pierden el olfato
de la huella

Lowry arrastrando las noches alcanzará vivo
a Juan Fernando Márquez

Los días cargan en vilo cada uno de sus sueños
maltratados

El deseo preso de sí tendrá una errante piel

La mesa de costumbre con su trápala hecha
musgo

En la rutina y sus hilachas los amigos
se reconocen

Los pies regresan por su cuenta al domicilio
sin heridas ni lutos

Imágenes lavadas con respeto

Un cuerpo limpio a la hora de abrir
los ojos

Esta mesa servida con las palabras
intactas

Juan Fernando y Lowry serenos para siempre

Nombres que pertenecen al territorio
de nadie

La chirapa

Cometa malherido

Soy un adicto
¿A qué?
L. H.

La poesía es un vicio
de fabricación casera, como la chicha
de jora, la marihuana, los sueños diurnos.
Y el carro de Febo
un Volvo
estacionado a orillas de la mar
junto a un quiosco de cebiches.
En la rocola
Erik Satie y Paul McCartney
interpretan
Arre caballito
Los acantilados
de Lima reverberan en la tarde
por última vez.

Hastiado de leyendas y lúcido
ante el dolor
el hijo pródigo del silencio

consume el brillo de las palabras finales.
La poesía también se oxida
como una hoja de afeitar.
Esa canción
semejante a los jardines que en los astros
al aire salino ceden su añil claridad.
Un canto para calmar el ansia
excesiva de la voz.
Reconocerla
en el gorjeo de las gaviotas
en el humeante murmurio
de la cerveza.

En esta ciudad
los viajes no emprendidos se aferran
al crepúsculo y al extático sufrimiento
desatado.
Las constelaciones aletean
detrás de la neblina.
Sobre los barrancos
fermentan las pesadillas
de siempre. La música se acaba
como el aliento de un fósforo que hiere
la yema de los dedos.

Llega la hora.
El prófugo asciende
al desencuentro
con la luz, despedazado.

Y aunque no vuelva, cantará
en sus esquirlas de colores.